

EDITORIAL



ASI en el umbral del siglo XVI se producen en nuestra Patria dos hechos históricos trascendentes que, aunque aislados en apariencia, confluyen en una superior unidad. La empresa hispánica y evangelizadora de las Indias occidentales, coincide con la aparición de la primera gramática impresa en idioma vulgar. He aquí las dos dimensiones de nuestra expansión imperial, trazadas en el plano de la Historia como un símbolo de empeños futuros. La lengua vernácula habría de ser, a partir de entonces, criterio distintivo de los pueblos integrados en un mismo origen racial. El idioma hispánico y la espada de nuestros colonizadores, al avanzar por el mundo inédito del Nuevo Continente dieron a la gloriosa aventura trasatlántica española el rango de un empeño histórico que había de reflejarse en el mundo del espíritu.

Nebrija nace en el momento de la expansión áurea de España. Pero esta admirable epifanía sólo pudo lograrse porque el pensamiento español desbordaba ya los linderos de las Uni-

versidades tradicionales. Salamanca y Alcalá eran ya estrechos límites para contener todo el empuje universal de una cultura que nacía con inusitada potencialidad expansiva.

El hecho de que diez años después del descubrimiento, el Cardenal Cisneros encargase a Nebrija la revisión de los textos latinos y griegos de la Políglota, responde al principio de que a la avidez expansiva del Imperio geográfico, habría de corresponderse con el afianzamiento del imperio espiritual. A este y no a otro supuesto se debe la altura alcanzada por la ciencia española en el siglo XVI.

Pero importa resaltar que en este período las Universidades eran los verdaderos exponentes de aquel desarrollo intelectual. Así, Nebrija explicó—a partir de 1513—en la de Alcalá, por expresa voluntad de Cisneros.

La fecundidad del ingenio de tan insigne maestro, habría de ser después difícilmente equiparada en la historia del pensamiento español.

Nebrija discurrió a través del vasto campo de la ciencia, perpetuando en su obra pruebas inequívocas de una asombrosa capacidad. Gramática, Teología, Arqueología, Derecho, Pedagogía, Retórica e Historia, fueron objeto de su predilección, y en todas estas ramas dejó huellas admirables en obras que immortalizaron el pensamiento español en su siglo imperial.

Con razón pudo decir Menéndez Pelayo que Nebrija fue "la más brillante personificación literaria de la España de los Reyes Católicos, puesto que nadie influyó tanto como él en la cultura general, no sólo por su vasta ciencia, robusto entendimiento y poderosa virtud asimiladora sino por su ardor propagandista, a cuyo servicio puso las indomables energías de su carácter arrojado, independiente y cáustico".

Ante esta figura, rinde hoy la "Revista Nacional de Educación" el homenaje de sus páginas, impregnadas de un íntimo fervor intelectual, hacia quien tuvo la difícil virtud de atribuir al estudio de nuestra lengua castellana el rango aristocrático del Arte.

